

un triunfo nuevo de Prusia como una derrota... Baviera siente ya pesarle demasiado el yugo de acero del militarismo... Baviera piensa con nostalgia en la época en que era libre, en la que tenía un rey que reinaba, en la que su capital era una capital nacional y no provincial... Y todo esto hace que Munich esté inquieto, nervioso, hasta algo angustiado.

¡Oh, ironía! ¡Munich con penas y congojas!...

Es más: leed este despacho del *Figaro* de ayer: «Les grandes brasseries de la ville se plaignent et menacent de fermer leurs portes, car la guerre a diminué leur clientèle.»

Ahora bien: Munich sin su cerveza, ya no es Munich. Hay, allá, Beers Halls en los que cabe más gente que en la plaza de toros de Madrid. No sólo son casas enormes, como en Hamburgo; son, a veces, ciudades pantagruélicas, con patios, con jardines, con edificios, con cavernas, con teatros. Entrad en la Royal a cualquier hora. Un pueblo entero bebe allí y grita. Hay *cours* para pobres, galerías para burgueses, salones para ricos. Lo que se paga en diferentes monedas es el sitio. En cuanto a la bebida, es toda igual e igualmente deliciosa, a pesar de Menéndez Pelayo, que la llamó, un día de blasfemia, «insípido brebaje de cebada». ¿Insípido? ¡No, mil veces no!... Al contrario. Los bebedores de vinos delicados le encuentran demasiado sabor. Es un brebaje para paladares sanos y sencillos, para bocas que ríen como en los cuadros de Teniers, para robustos cuerpos sin neurosis y neurastenias. Muchos creen que toda la salud de Munich está en el fondo de sus toneles. ¿Por qué no? El alma de cada país se refleja en las copas en que bebe. París, con su ajeno glauco y su champaña claro, es apasionado y ligero, y tiene, en su arte, en su vida, en su

carácter, misterios verdes y áureas sorpresas de espuma. En Andalucía, el vino es como el sol, ardiente y generoso; y la gente es como el vino. En las antiguas ciudades de las orillas del Rhin, donde las baladas hablan de apariciones, donde los castillos en ruinas están poblados de sombras dolientes, donde las muchachas se miran en la onda pálida del río, el vino es, como la cabellera de Loreley, pálida y flúida. En Munich, todo el mundo bebe cerveza, cerveza a todas horas, cerveza desde que nace hasta que se muere.

¿Será esto lo que da a la ciudad, en tiempos ordinarios, su aspecto de dicha y de regocijo? Porque, en mi alma y conciencia, yo nunca he visto un pueblo tan feliz cual el muniqué. Y no soy sólo yo el que así piensa. Me acuerdo que la última vez que estuve en la capital de Baviera, un gran artista español me dijo, deteniéndome en la calle:

— ¡Vea usted esta maravilla de las maravillas!... Aquí no hay nadie triste. Es la ciudad feliz entre las felices. Todo aquí respira felicidad. El cielo, las calles, los árboles, las piedras, los pájaros, todo es venturoso. Los hombres mismos lo son. Vedlos pasar. Gordos y rojos — iguales a los frailes que, en los carteles ilustrados de las cervecerías, se beben un tonel —, con los brazos cortos, con las piernas pesadas, eternamente sin prisa, parecen ir de paseo. ¡Y las mujeres! Las muniquesas, pequeñitas y gorditas, vestidas como doncellas o mas bien como *soubrettes* de ópera cómica, o como sirvientes de *kermesse* de cuadro flamenco, con muchos colores y muchas flores, con muchas cintas, con mucha inocencia, en suma; las muniquesas, que no son bonitas, pero que son frescas, tienen, también, el aire de pasearse siempre.

Ahora todo eso ya no existe, según los telegramas de

la prensa. Ahora ya Munich no es feliz, ya no bebe cerveza día y noche, ya no se pasea a todas horas... La guerra es la guerra...

*
* *

¿Y Estrasburgo? A la gente que no la conoce, le parecerá que por muy llena de soldados, de cañones, de trincheras y de ambulancias que esté, no debe de haber cambiado, puesto que siempre ha sido, desde hace medio siglo, una fortaleza en estado de sitio. «Es la imagen de la patria enlutada», dice Maurice Barrés. Y los que ven, en la plaza de la Concordia de París, su imagen de piedra siempre cubierta de velos negros, siempre coronada de inmortales, piensan en ella cual en una viuda desolada o, mejor aún, cual en una cautiva desesperada.

No hay ciudad, empero, que tan poco haga pensar en llorar como la bella alsaciana. Voluptuosamente reclinada en el más espléndido de los vergeles, con el Rhin a sus pies y la corona de sus muros góticos en la frente, diríase una soberana apacible a quien jamás la suerte le ha sido cruel. Del bombardeo de la otra guerra no se encuentran trazas por ninguna parte. Ahí está la catedral, que es una maravilla de encajes aéreos, que sólo el milagro puede sostener en el espacio; ahí están las torres de Santo Tomás; ahí están las altas fachadas puntiagudas de las casas antiquísimas; ahí están los muros con sus pinturas alegres... ¿Quién diría que hace cuarenta años cayó aquí una terrible lluvia de fuego?... Y, lo mismo que las piedras, la gente tampoco parece guardar el recuerdo de los crueles instantes pasados: suave, tranquila, algo pesada y algo lenta, paséase, bajo los árboles

del Broglie, saboreando la dulzura de vivir. Es una gran ciudad francesa en el fondo, una ciudad como Burdeos, como Lila. Y es necesario ir hasta la plaza mayor, en la cual se ven los uniformes de las tropas prusianas, para notar que realmente la bella Estrasburgo es una cautiva.

Hoy esos uniformes, esos odiados uniformes, llenan todas las calles. Hoy los rótulos en francés son perseguidos. Hoy hay que hablar alemán en público. Hoy, en fin, la imagen de la cautiva cubierta de cadenas representa una realidad...

*
* *

Nancy, la hermana libre de Metz y de Estrasburgo, ha oído la voz del cañón, ha visto las llamas en sus suburbios. ¿Qué es lo que se ha quemado dentro de sus muros? Los telegramas no nos hablan de eso sino en términos vagos, lo que indica que ninguna iglesia venerable ha sucumbido. Por otra parte, la ciudad está siempre libre, los ulanos no han puesto sus plantas en su suelo sagrado, sus defensas no han sido destruidas. ¿Qué más podía esperar la noble capital de la Lorena? Al principio de la guerra, los mismos franceses aseguraban que Nancy sería incapaz de resistir el ataque alemán.

—¿Resistirá siquiera dos semanas?— preguntó un reportero del *Times* a un antiguo gobernador de la plaza.

— Si resiste tanto — contestóle este militar —, será por un milagro, y los nanceanos nos daremos por satisfechos.

Cerca de tres meses llevamos de guerra, y Nancy está siempre fieramente independiente. ¿Por qué, pues, lejos de mostrar satisfacción, da pruebas de tan gran tristeza? «No se ve un alma por las calles — dice un correspon-

sal de *Le Matin* —; las tiendas están cerradas; por la noche, con el alumbrado escasísimo que nos queda, parece que estamos en un cementerio.»

¿Tendrá miedo Nancy?... No. Cuando el bombardeo prusiano comenzó hace seis semanas, el prefecto puso a la disposición de la gente trenes gratuitos para que pudiera quedar evacuada la ciudad en dos o tres días. Los trenes no pudieron ni siquiera partir, por falta de viajeros. Los nanceanos están acostumbrados al peligro. Hijos de héroes, nietos de héroes, oyen, desde que nacen, historias admirables de las guerras pasadas. ¡Hace tantos siglos que las fuerzas germánicas y las fuerzas galas se entrechocan en las campiñas lorenas! Desde un campamento de Nancy, una tarde de otoño, viendo el suelo enrojecido por el sol poniente, tuve la visión de la perpetua tragedia de aquella tierra. «¡Cómo me explico—pensé— que Maurice Barrés no oiga aquí sino voces de muertos!» Pero apenas puse los pies en la plaza Stanislas, un soplo de vida, de juventud, de alegría, de amor, me refrescó el alma. Todo era regocijo entre aquellos edificios armoniosos y venerables. De los cafés llenos de luces exhalábanse cantos estudiantiles, y por las ventanas salía, entre perfumes de rosas y de claveles, la risa cristalina de las mujeres jóvenes. De vez en cuando, un oficial pasaba, ligero, dando el brazo a alguna muchacha rubia. Entre las enramadas plantadas por un rey de Polonia, desterrado, veíanse circular parejas idílicas.

— Yo creí que ésta era una plaza fuerte en la que no se pensaba sino en la guerra — dije a un amigo que me acompañaba.

— Sí — me contestó —, aquí la idea de la guerra es obsesionante... Pero ni eso, ni nada, entristece a la gente...

¿Cómo, pues, a estas horas Nancy está tan triste, cuando debiera celebrar sus triunfos?...

Nadie puede decírmelo.

La verdad es que la guerra actual, con sus horrores sin elegancia, con su pesadez sin gracia, con sus hecatombes formidables y sus campos de batalla de 300 kilómetros, parece haber entristecido a Europa entera. ¡Viena triste, la Viena de las sonrisas y de las galanterías!... ¡Munich sin bebedores de cerveza!... ¡Nancy sin cantos estudiantiles!... ¡Ah, en verdad la campaña actual no se parece a la que nos refieren los libros antiguos!...

La campaña de Francia según Goethe.

30 de octubre.

Una de las ideas más arraigadas en el ánimo de Europa, es la del implacable tesón alemán. «Aun vencida — dicen los franceses —, Alemania seguirá luchando mientras le quede un regimiento y una fortaleza.» Los franceses, sin embargo, saben que en este punto el Imperio germánico no tiene la energía, la paciencia y la fe de su hermano el Imperio británico. Lo saben porque se lo dice su propia historia. Abramos un manual cualquiera de los que refieren la epopeya napoleónica, y encontraremos ejemplos que pueden aplicarse a la hora actual. He aquí una página que se titula «1806». Prusia, ayudada por algunos reinos vecinos, reúne un ejército formidable. El plan de batalla es igual al de 1914. «Las fuerzas de Hohenlohe — leemos — fueron llevadas hacia el oeste del Saule con una rapidez pasmosa, para tomar parte en un avance general por la selva de Turingia, con lo que se esperaba sorprender a los franceses, aún no organizados, y dividirlos en dos partes.» Esto se verificaba antes de que el plazo del ultimátum enviado por Federico Guillermo a Bonaparte se hubiera cumplido, y al mismo tiempo que el duque de Brunswick hablaba de las intenciones pacíficas de su pueblo.

Era en los primeros días de octubre. El 14 del mismo

mes, fué Jena y Auerstaedt... El 25 Napoleón entró en Berlín... Pero ni siquiera esta fecha habían esperado los soberanos de Prusia, de Sajonia y de Hesse para pedir la paz. Teniendo aún un ejército fuerte, Federico Guillermo, en la entrevista de Witttemberg, ofreció rendir las armas y renunciar a la lucha. Me diréis que se trataba de Napoleón. Está bien. Veamos, entonces, otra campaña más parecida a la actual, la maravillosa campaña de Francia.

Goethe va a servirnos de guía. Estamos en otoño, como ahora. Como ahora, las fuerzas de Alemania penetran en territorio francés con un ímpetu de alud. Nada resiste a su marcha triunfal. Longwy se rinde. Las llamas devoran a Verdun. Las poblaciones se quejan del saqueo y de las crueldades del invasor. ¡Qué se ha de hacer!... El dulce filósofo de Weimar escribe en su cuaderno de notas: «Estas circunstancias me recuerdan a un general de la guerra de los Treinta Años que, cuando le hablaban de los excesos de sus tropas, respondía que no le era posible llevar a sus soldados en el bolsillo hasta el lugar del combate.» Hoy los filósofos de Berlín piensan lo mismo, pero lo dicen con menos elegancia. El odio y el desprecio hacia los adversarios ha sido siempre un artículo de fe en los guerreros germánicos. Goethe lo confiesa. «El duque de Brunswick — escribe — se ha hecho el intérprete del odio y del desprecio de la nación, en su famoso Manifiesto.» El heroísmo francés exaspera este odio hasta hacerlo criminal. El defensor de Verdun se suicida. Uno de sus oficiales imita su conducta. Entonces... Oid: «Este segundo suicidio, inspirado por el patriotismo, excitó de tal manera el odio de nuestros jefes, que prohibieron que se diera sepultura a aquellos bravos.» La marcha continúa por los

campos de la Champaña. «Los días transcurren entre el orden y el desorden, la economía y el derroche, el saqueo y las compras legales.» El gran escritor agrega, contestando de antemano a los intelectuales que hoy aseguran que no es cierto nada de eso que se llama las atrocidades: «Sin duda son tales contrastes, inseparables de la guerra, los que ejercen una influencia funesta en el carácter de los hombres cuyo oficio es guerrear. Mostrándose ora valientes y destructores, ora pacíficos, humanos y justos, se acostumbran a ciertas frases que hacen nacer dulces esperanzas en las situaciones desesperadas; y así se forma una hipocresía militar que, aun siendo diferente de la de los cortesanos y de los clérigos, no es menos hipocresía.» En los primeros de septiembre, después de haber recorrido varias provincias persiguiendo a un enemigo que no parece capaz de resistir, los soldados creen que en breve estarán en París. ¡Ah, París! Desde el rey hasta el último recluta, no hay un solo alemán que no piense en París. París se halla al fin del camino. París es la nueva Jerusalén. París se alza como una torre de oro en la cúspide de las montañas de la ilusión... Goethe, como los demás, está tan seguro de llegar a París, que con una amabilidad algo tudesca le ofrece a un aldeano en cuya casa se aloja enviarle algo de la capital. Sonriendo, el francés le da una carta para sus parientes parisienses y le dice:

— Lo malo es que no llegará usted a entregarla.

El mismo día un número del *Monitor* publica una proclama de Lafayette que termina así: «Los prusianos pueden entrar en París; lo que no podrán, luego, es salir.» Y el gran poeta comenta esta frase: «Se supone, pues, que podemos entrar... Bueno... Lo de salir no nos inquieta.»

Para distraerse en el camino, los prusianos incendian. «Durante la marcha—dice Goethe—la suerte me colocó entre el séquito del rey de Prusia y del duque de Brunswick, y ahí encontré al príncipe de Reuss y a varios diplomáticos militares amigos. Ese grupo de jinetes adornaba tan bellamente el paisaje, que no pude dejar de desear que un Van der Meulen se encontrase entre nosotros para eternizar nuestro paso con la magia de sus pinceles.» Luego agrega, como una cosa muy natural: «Algunas aldeas ardían aquí y allá, y el humo del incendio hacía un buen efecto en el cuadro.»

¿Por qué ardían aquellas aldeas?

Porque, «según decían algunos», los habitantes se habían permitido atacar a los soldados, y era necesario castigarlos.

Como en 1914...

Sí; todo como en 1914, hasta las fechas, hasta el sitio, hasta el tiempo. Lluve. El frío comienza a hacerse sentir. En las laderas del Aisne, las viñas se extienden por las márgenes del río. En las ciudades apacibles y desiertas, los oficiales encuentran bodegas llenas de vinos exquisitos. Todo el mundo saquea. El mismo Goethe confiesa que, con la ayuda de unos cuantos soldados, penetra en una casa y se apodera de varios frascos de Borgoña. Todo presagia días de gloria. Y allá, en el fondo, París, ¡París!

Dumouriez, con su ejército, hállase en los montes del Argona. Pero ¿qué importancia tiene aquella horda de republicanos descamisados, sin fe, sin disciplina, sin religión, sin moral? El viejo dios teutónico protegía al rey de Prusia. «Nuestros oficiales—escribe el 19 de septiembre Goethe—arden en deseos de comenzar el ataque.» Y el 20 agrega: «El cañón empieza al fin a hablar.»

Lo que dijo aquel cañón, la Historia lo ha repetido durante un siglo; dijo: «Valmy.»

He aquí el comentario de Goethe, que, en la derrota, vuelve a ser filósofo: «En este sitio, a partir de esta hora, comienza una nueva era para la Humanidad.»

Pero no es la batalla misma, ni el triunfo francés, lo que nos interesa, sino el espíritu alemán ante la mala fortuna de sus armas. Los ejércitos del rey de Prusia están intactos y pueden, retirándose, ir a formarse en otras líneas de defensa. Francia, entonces como hoy, cree que sus enemigos lucharán hasta el último extremo. ¡Se han mostrado tan terribles al principio los guerreros teutones!

Oigamos la voz de Goethe:

«Cuando en la noche nos reunimos en la tienda del duque de Weimar — escribe el 27 —, los oficiales más valerosos confesaron que sólo un milagro podía salvarnos.»

El 29: «Las primeras horas de la retirada fueron terribles, pues no podíamos olvidar que los franceses eran dueños de nuestro destino. No fué sino después cuando pudimos esperar que el enemigo nos permitiera volver hasta nuestro país.»

El 2 de octubre: «El ejército prusiano atraviesa el puente; una inmensa tristeza, un siniestro abatimiento obscurecía la frente y sellaba los labios de todos los guerreros sin fortuna. Corrimos hacia nuestros amigos y los abrazamos. Todos lloraban de vergüenza y de rabia.»

Así termina el relato de la batalla de Valmy. Y con la batalla de Valmy acaba la guerra.

Bien hubiera podido, sin embargo, no acabar. Otros pueblos, en circunstancias más desastrosas, han conti-

nuado luchando. La misma Francia, desorganizada, invadida y ensangrentada en 1871, siguió defendiendo su honor y su libertad a pesar de la capitulación de París y de la cautividad de Napoleón III.

¿Por qué, pues, hemos de creer que la Alemania de hoy no hará, si la suerte la abandona en las batallas actuales, lo mismo que la Alemania de ayer? Los pueblos, según Le Bon, son siempre iguales en las circunstancias graves. Y Goethe, en sus Memorias, después de narrar las desgracias de la campaña de Francia, dice, tal vez proféticamente: «Los mismos acontecimientos se reproducen a veces en los mismos lugares.»

La sorpresa de Francia y la sorpresa de Alemania.

5 de noviembre.

Con noble claridad, el *Times* acaba de decir: «Temíamos que el ejército francés fuera muy inferior al alemán, y pensábamos que en una guerra como la actual los germanos triunfarían en Lorena y serían vencidos en el mar y en la frontera rusa.» Y agrega: «Por haber tenido tal temor, debemos ahora pedir perdón de nuestro injusto error.» En realidad, no es sólo Inglaterra la que desde hace cuarenta años se equivocaba de este modo. El mundo entero, al tratarse de posibles y probables conflictos europeos, experimentaba una piedad algo desdeñosa hacia Francia, preguntándose cómo un pueblo en plena decadencia, un pueblo de perpetuas disputas bizantinas, de nervios exasperados por las luchas políticas y de músculos enervados por el refinamiento, lograría defender, ya no su vida, pero siquiera su honra, contra el empuje de un rival joven, robusto, sano y enorme. Y lo más extraño es que los mismos franceses, cuando creían hablar entre sí, lejos de oídos indiscretos, manifestaban temores análogos. Evocad las confesiones de los intelectuales parisienses, y escucharéis una voz dolorosa que dice:

«Nuestra cultura y nuestra riqueza nos han hecho

incapaces del largo esfuerzo necesario para preparar una lucha ordenada. Somos demasiado civilizados y demasiado escépticos, y sentimos el cansancio de nuestra propia gloria militar. Las guerras napoleónicas usaron para siempre el resorte brutal de nuestra raza. Además, contemplando como artistas el panorama de los siglos, casi no vemos diferencia positiva entre los momentos de victoria y los momentos de derrota. Nuestras epopeyas son tal vez los mayores de nuestros desastres. Comparad Valmy con Leipzig y Eyleau con Waterloo, y decid si no hay más belleza en nuestras dos grandes caídas que en nuestros dos grandes triunfos. Luchar, siempre lucharemos bien. Los pueblos no pierden su arrojo. Lo que pierden es su cohesión moral y su disciplina de hierro. Entre los bizantinos, que defendieron mal Constantinopla, y los otomanos, que la conquistaron, la más heroica figura es la del último basileis, que murió al pie de las murallas, después de haber combatido todo el día cual un león. Nosotros sabemos aún morir. Lo que ya no sabemos es luchar, porque la lucha, para ser eficaz, tiene que ser paciente, ordenada, tenaz y obscura. Nuestros ilusos nacionalistas, que viven alucinándose con ensueños de otras épocas, se figuran ver en las hazañas de nuestros héroes coloniales un signo de imperecedera energía. Bizancio también tenía, cuando agonizaba, caballeros que, como Diógenes Akritas, eran dignos de Homero. Lo que no tenían, y lo que nosotros tampoco tenemos, es la juventud. Somos un pueblo viejo, un pueblo que quiere gozar y no quiere sacrificarse; un pueblo de rasonadores, de orfebres, de exquisitos y de inventores. No un pueblo de guerreros.»

Y esto, que aquí formaba parte de un evangelio de

coquetería aristocrática; esto, que salía del alma de París, más que del alma de Francia, el mundo entero tomábalo por la expresión de una verdad absoluta.

Alemania, en cambio, esforzábese por hacer parecer más grande su real grandeza y más fuerte su indiscutible fuerza. Me acuerdo de la sorpresa que tuve una mañana, en Hamburgo, al detenerme ante una casa en construcción. Los muros eran de acero y de cemento, pero los albañiles aplicaban contra su superficie lisa unas placas de piedra muy delgadas, para dar a la fachada un aspecto granítico. «He ahí el símbolo», pensé. Y, en efecto, por encima del hierro de su robustez, la Germania ha puesto, durante medio siglo, una mole pétreo que la hace inmovible en apariencia, cual una montaña. Más por coquetería que por impotencia, ha renunciado a todo lo que es delicadeza, gracia, buen gusto, elegancia. Nada en ella es armonioso. Todo es, todo debe ser, enorme. La palabra nacional es *kolo-sal*. Las ideas y las formas, colosales; las esperanzas, colosales; los apetitos y las ambiciones, colosales. Considerad una de esas *chopp* que se sirven en las cervecerías de Berlín, con más espuma que cerveza, y tendréis una imagen, algo grosera, pero exacta, de lo que significa el germanismo. Embriagándose con tal cerveza, en tales *chopp*, la raza ha llegado a endiosarse, hasta el punto de vivir en un engaño que, por ser opuesto al de los franceses, llega casi a ser idéntico.

¡Cuán claro veía en el fondo de la verdad el príncipe de Bülow, cuando aseguraba que para crear una nación perfecta no se necesitaba sino unir los defectos franceses con los defectos alemanes.

— ¿Y las virtudes? — preguntó Jules Huret, oyéndole hablar así.

— Las virtudes — contestó el gran psicólogo — son las mismas en ambos países.

Ahora, esta frase, antes misteriosa, se ilumina a la luz de los incendios. Colocados frente a frente desde hace cuarenta días, en condiciones idénticas de terreno y de número, los dos pueblos demuestran un ardor y una tenacidad idénticos. Dejándonos llevar por nuestras simpatías, podemos, a medida que la gran batalla se desarrolla, declarar que uno de los dos campeones es superior al otro. Realmente, ambos son superiores. El mismo final de la lucha no establecerá, después de la larga prueba de los combates, una inferioridad en el vencido. Habrá, sin duda, uno que retroceda, otro que avance. Pero no habrá derrota, en la acepción moral de la palabra. Los estrategas que estudian la pelea confiesan que su resultado depende de una maniobra suprema que ponga fin a las fluctuaciones. Será uno de los extremos de la formidable línea el que, flaqueando en un punto, por causas todavía imprevistas, obligará a un ejército a replegarse. Entonces, como es natural, lo que hoy hace el que ha de salir vencido será disminuído, y lo que hace el que ha de ser vencedor será agrandado. No importa. Es en estos días terribles y admirables, ante estos silenciosos esfuerzos de dos líneas que son dos pueblos, en esta atmósfera de justicia y de calma que nos permite apreciar el conjunto del espectáculo, cuando podemos, sin que el entusiasmo o la pena nos ciegue, decir cuán dignos son unos de otros los adversarios en presencia.

Hasta ahora, la suerte parece favorecer a los franceses en la descomunal batalla. A mediados de septiembre, después del fracaso del Marne, las tropas del general von Klück comenzaron a luchar en las inmediacio-

nes de Tracy le Mont, a noventa y tres kilómetros de París. Ahora es en la frontera belga, entre Nieuport y Dixmude, ciento cincuenta kilómetros más al Norte, donde la verdadera lucha está entablada. Y no puede decirse que en el espacio de estas últimas semanas las fuerzas germánicas hayan disminuído, puesto que, según la misma prensa de Berlín, la toma de Amberes ha permitido al Káiser enviar al ejército sitiador y vencedor a reforzar su frente de batalla. Calculando de una manera vaga, los ingleses aseguran que, contra millón y medio de alemanes, luchan millón y medio de franceses. ¿Cómo, pues, los alemanes, que encarnan el supremo poderío humano, no vencen?... ¿Cómo los franceses, decadentes, no retroceden?...

La verdad es que tan engañados estaban los que creían en la decadencia de unos, cual los que se dejaban fascinar por el poderío de los otros.

Cantando coplas galantes y bailando pasos de tango, Francia sabía fundir cañones, fabricar aeroplanos y formar regimientos. Lo que no sabía, ni quería saber, era el arte, algo teatral, de servirse en tiempo de paz de su ejército para espantar al mundo. Sus soldados, lejos de atravesar los bulevares al paso de parada, escondíanse en las ciudades modestas. Sus oficiales, sin monóculo y sin insolencia, tenían el pudor de no arrastrar sus sables en los cafés. Su Estado Mayor no se componía de mariscales divinizados. Y fuera de un grupo de patriotas a quienes la gente de buen gusto miraba irónicamente, nadie en el país soñaba en conquistar el mundo. Los mismos generales victoriosos, el único victorioso, si queréis, el que en dos años dió a su patria un imperio nuevo, Lyautey, en vez de mostrarse soberbio y de exaltar el espíritu militar del pueblo, trató siempre, según

la frase de un escritor español, de «esconder el brillo de sus estrellas». Cuando sus oficiales volvían de Marruecos, no se hacían admirar en sus uniformes gloriosos, ni ponían cátedra de heroísmo en las esquinas, sino que, imitando a sus compañeros metropolitanos, trataban en público de ser muy amables, hasta muy frívolos. Y, naturalmente, la literatura, pintando la vida exterior, hacía ver a los militares, como a los paisanos, más ocupados en hazañas de adulterio que en empresas trascendentales.

— Este pueblo — me dijo un día un extranjero ilustre, conocedor de la vida de París y de las novelas de París — no tiene la menor noción de la seriedad, tal cual la comprenden las naciones fuertes y sanas. Toda la existencia que se refleja en su literatura y en su teatro es de una ligereza casi pagana. La idea de familia no aparece por ninguna parte. Las mujeres libres son las únicas cuyas historias preocupan a los dramaturgos. Jamás vemos en las novelas una escena como las de Dickens. Todo es amor perverso, todo es intriga, todo es fiesta. El alma de Rastignac y el alma de La Torpille son siempre las que dominan.

Inocentemente, yo traté de hacerle ver que, bajo su capa de frivolidad, Francia vivía una vida intensa de trabajo y de esfuerzo.

— Todo lo que usted me dice — contestéle — es evidente para el que sólo conoce la vida francesa por las novelas, por las comedias, por las crónicas de los Tribunales, por los ecos mundanos de los periódicos, por la existencia del Bulevar. Y, sin embargo, si hay en el mundo un país cuyo fondo sea estrictamente serio y familiar, es Francia. Porque Francia no es París, como París no es Montmartre. Francia es esa vasta y bella

provincia en donde las casas de modesto aspecto encierran la vida burguesa tal cual existía en tiempo de Ronsard; Francia es ese admirable campo que se extiende desde las playas de la Mancha hasta los Pirineos y en el que cada familia tiene una huerta; Francia es esa hermosa región fabril en donde las ciudades negras de carbón y vibrantes de energías son como colmenas humanas; Francia es esa tierra de los experimentos peligrosos en la cual se fabricaron los primeros automóviles, los primeros submarinos, los primeros aeroplanos; Francia es esa cuna fecunda de hombres activos que da al África actual conquistadores dignos de figurar en la historia al lado de los Valdivia y de los Alvarado...

Mi amigo se echó a reír, exclamando:

— ¡Compare usted esto con Alemania!... ¡Aquél sí que es un país fuerte!... ¡Pobre Francia el día en que estalle la guerra!... En un mes, los alemanes podrían conquistar a Europa...

Yo me pregunto, recordando estas palabras, lo que mi amigo pensará ahora...

¿Qué pensará el mundo entero?...

Porque no hay duda de que el Imperio del Káiser había conseguido imponer al Universo la noción de su omnipotencia militar. Lo mismo que los demás, yo llegué a convencerme, viviendo en Berlín, de que nada era capaz de resistir al empuje de aquel ejército. Y es que, aun en tiempos de paz, mientras los otros pueblos contemplan otros espectáculos, los germanos no ven, ni hacen ver, sino soldados. ¡Oh Unter den Linden, cómo apareces ante mi vista apenas entornó los ojos para evocar tus esplendores!... Entre el estrépito de los clarines y el murmullo de las escoltas, pasan, rígidos, los generales. Pasan bajo un sol algo pálido que dora y no

ciega, sol de discreta apoteosis, sol de fiesta hecho para que rutilen las cruces y luzcan los cascos y brillen los sables. Pasan, y el pueblo, absorto, los contempla. El verdadero espectáculo ellos lo constituyen. Ellos, en sus coches modestos, hacen palidecer el prestigio de las carrozas doradas de los príncipes y de los embajadores. Las mujeres, los hombres, los niños, todo el mundo se inclina ante ellos, y en esas inclinaciones de cabeza hay algo religioso, con todo el miedo, con toda la superstición, con todo el éxtasis de la religiosidad. Se ve que para el pueblo los grandes jefes militares son seres de esencia divina, encarnaciones sobrenaturales del alma popular, símbolos de poderío invencible. Las estupendas victorias del último tercio del siglo pasado, a ellos se les deben. A ellos, la reconstrucción del antiguo edificio tudesco. A ellos, la revancha contra las águilas napoleónicas. A ellos, en fin, sólo a ellos, el vuelo de valkyrias que ha dado a la leyenda germánica un renacer de epopeya. Y esto que el pueblo piensa confusamente, por instinto más que por estudio, los generales lo creen, lo proclaman. ¡Oh, el orgullo sereno de esas cabezas blancas! ¡Oh, la rigidez de esos torsos envejecidos! ¡Oh, la claridad de esas miradas ancianas!

Durante medio siglo, el pueblo que ha visto a todas horas tal espectáculo, ha tenido tiempo para formarse una idea de poder irresistible. No hay alemán que, hace seis meses, si alguien le hubiera dicho que un día sus ejércitos iban a encontrarse en la situación en que hoy se hallan, no se hubiera echado a reír.

Y tal vez tampoco hay francés, fuera de los que han estudiado a fondo las cuestiones militares, que no hubiera palidecido al considerar como posible la perspectiva de una batalla cual la del Aisne.

Engañados ambos pueblos, desconocían sus verdaderas fuerzas.

¿Cuáles serán, para el porvenir de uno y otro país, las consecuencias de la nueva conciencia que necesariamente ha de surgir de la lucha actual?

Su propio engaño Francia lo reconoce con natural regocijo. «No nos creíamos preparados para la guerra—dice—, porque no creíamos en la guerra.» Y esto es una gran verdad. Por más que los diplomáticos hablaran claro; por más la Liga de Patriotas cubriera de flores la estatua de Estrasburgo; por más que los Barrés, los Daudet, los Muns, gritaran a cada instante «alerta», el país no quería, no podía darse cuenta del peligro. «Hace algunos meses—escribe hoy Clemenceau—nadie entre nosotros creía en la guerra, ni los que tenían el deber de prepararla, ni los que caen heroicamente en estos instantes en los campos de batalla. Teníamos un ejército en los papeles; mas lo que era en realidad la preparación militar, no puede decirse. Los Poderes públicos dejaban hacer, siempre con la idea de que no habría guerra.» Hay que recordar, en efecto, la célebre interpelación del senador Humbert, poco antes de que estallara el conflicto. Según las pruebas que este parlamentario presentó, ninguna fortaleza se hallaba en estado de soportar un ataque; los regimientos, incompletos en su mayoría, carecían de calzado, de armas y de instrucción; el armamento, en fin, era muy inferior al de los demás pueblos europeos. Figaraos, pues, con cuánta angustia contemplaría el país entero los carteles blancos de la movilización. ¡Ah, aquella mañana del principio de agosto, aquella mañana de oro y de esmalte, como la veo aún! Despertando de un sueño de bienestar, de calma, de trabajo fecundo, París encontróse de pronto

ante la terrible realidad. Todavía la víspera, la opinión general creía en un arreglo. ¿No se había visto situaciones más graves aún, sin que el terrible conflicto llegase a estallar? ¡Quién lo hubiera creído!... Pero era necesario inclinarse ante lo que resultaba fatal.

¡La guerra!

En un instante el país supo adoptar la actitud de la más elegante y noble dignidad. Ni fanfarronería ni encojimiento de ánimo, sino el sereno y tranquilo porte de quien, sintiéndose apoyado en la justicia, no teme nada, aun temiéndolo todo. «Estamos listos», decía la gente en alta voz. Pero muy bajo, muy bajo, algunos agregaban: «Para morir.» El heroísmo, el espíritu de sacrificio, el amor desesperado de la patria, no han faltado a este pueblo ni en los más tristes días de 1870. Lo que ha faltado hace tres meses, como hace cuarenta y cuatro años, es el estudio militar, el automatismo militar, el resorte militar, la paciencia militar, la fe militar. Los franceses son guerreros, no soldados. No saben, en tiempo de paz, prepararse largamente. De poco les sirven las lecciones de la Historia. Cuando estalla un conflicto, casi siempre los sorprende. Sólo que hay sorpresas y sorpresas. La de 1914 no se parece a la anterior. Es un escritor alemán, Maximilien Harden, quien lo dice en los términos siguientes: «Obligados a retroceder ante nuestras fuerzas, los ejércitos de la República ejecutan una retirada en la cual hay que admirar una virtud poco francesa, que es el orden disciplinado.» Es cierto. Por un milagro, el país encuentra de pronto, en medio de una primera batalla que es una derrota, lo que le faltaba para triunfar; es decir, la resistencia sin nervios, la confianza sin jactancia, la prudencia con entusiasmo.

En su discurso de ayer en la Academia Francesa, René

Doumie explicaba la verdadera situación del país al comenzar la guerra del modo siguiente: «Cierto: cuando estalló el conflicto, el ejército estaba listo y con el arma al hombro; simples soldados, oficiales que sabían que un día u otro habría que conducir a sus hombres al fuego, y el admirable Estado Mayor, que sin dejarse distraer llevaba a cabo su obra en la sombra y en el silencio. Pero había, al lado de esa Francia armada, otra Francia, la Francia nación, que una larga paz había acostumbrado a no pensar en guerras, y que ni siquiera podía concebir que un Gobierno asumiera la responsabilidad de la más espantosa matanza ante la Historia.» Esta Francia que no creía en la guerra es, sin embargo, la que lucha. ¡Y cómo lucha! Los generales que en un principio temían la entrada en filas de las reservas territoriales, «elementos no sólo débiles, sino también desmoralizadores», proclaman ahora su admiración por los soldados ciudadanos. «¡Es la repetición del milagro de Orleans!», dicen los católicos. «¡Es la reedición del prodigio de Valmy!», exclaman los republicanos. En realidad, es lo que el príncipe de Bülow llama «las sorpresas de Francia».

¡Las sorpresas de Francia!

¿Y las de Alemania?... Porque no hay duda de que Alemania comienza a sentir una inmensa sorpresa ante las retiradas de sus ejércitos, que se hallaban en las puertas de París hace dos meses y que hoy han tenido ya que comenzar a trasponer las fronteras por el Norte y por el Este. El *Wortwaerts*, de Berlín, con su franqueza plebeya, dice: «El terrible combate del Aisne prueba el error cometido por nuestros innumerables estrategas de cervecería y por los locos, que no son sino héroes de boca (*nusulhelden*) y que consideraban al ejército francés cual un ejército sin importancia mandado por jefes

sin cerebro.» Y el corresponsal alemán del *Telegraph*, de Amsterdam, escribe: «Hace un par de meses todo era entusiasmo, alegría, esperanza. Las mujeres vendían sus joyas para comprar emblemas de hierro. Noche y día sonaban clamores de victoria. Los teatros estaban llenos. En las esquinas se vendían tarjetas postales, con vistas de París ocupado por los ulanos. Ahora, ¡ay!, el espectáculo ha cambiado, y ya empezamos a oír la obertura de un miserere. Los teatros comienzan a cerrar, los cantos se han acabado, los heridos ocupan todos los edificios. El pueblo conserva su orgullo y su dignidad. Sus esperanzas ya no las tiene. A pesar de que la prensa está amordazada, la población comienza a darse cuenta de que la Francia decadente y pervertida de que le hablaban todos con horror es siempre un país que sabe oponerse al vuelo de las águilas, y a veces hasta desplumarlas. Un sordo rencor contra el militarismo nótase en las clases obreras cuando se habla de millón y medio de alemanes muertos ya en los campos de batalla.»

Todo esto, por ahora, no constituye sino un indicio. Pero pensemos en lo que pasará mañana si los alemanes tienen que retirarse hasta la línea del Rin. Ya hace más de un siglo, Mirabeau dijo: «La Monarquía prusiana está constituida de tal manera que no podrá sobrevivir a una desgracia.» Y la desgracia que hoy la amenaza no es una derrota como la de Jena, puramente militar, sino un verdadero desastre en el cual está comprometido, además de su grandeza, su porvenir, y tal vez hasta su propia existencia.

Francia, aun vencida, puede vivir, puede ser grande, puede reponerse, porque no ha identificado su existencia con un Gobierno, ni ha basado su vida en un sistema militar.